

mucho el fervor de la caridad; preciso es confesar, que los sacerdotes de Jesucristo, que entonces harán frente á semejante adversario, y que, á pesar de estar expuestos á sus furoros y á sus ardidés, lejos de dejarse vencer ó sorprender, no solo le resistirán cara á cara, sino que, poniéndose al frente de los fieles, los fortalecerán, los alentarán, los multiplicarán por medio de la conversión de muchos; preciso es confesar, repito, que estos ministros del Hijo de Dios, no cederán en nada (en santidad, en virtud, en heroísmo) á los sacerdotes de los primeros siglos, y aún sus esfuerzos serán más grandes y sus triunfos más brillantes.

En estos precisos términos lo asegura san Gregorio. En efecto; dice este gran Papa; aunque en los tiempos del Anticristo la piedad de los fieles se habrá entibiado en cierto modo; aunque las grandes luchas, que será preciso sostener contra el Hijo de perdition, hielan de espanto el corazón, y hasta el corazón de los fuertes, sin embargo, por medio de la predicación de Elias, y de los que por entonces serán honrados con el ejercicio del santo ministerio, no solamente los fieles permanecerán en la fe, sino que muchos infieles se convertirán á Jesucristo. Y lo más digno de admiración es, que los Judíos, al presente tan endurecidos, tan ciegos, tan obstinados, serán los mejores auxiliares de esos ministros de la palabra de Dios; y de esos cooperadores del profeta Elias.

«San Agustín ha enseñado la misma doctrina que san Gregorio, y nos asegura, que habrá entonces fieles (entre los que serán los eclesiásticos la porción más excelente), tan llenos de valor y poseídos de virtud, que no podrán ser derribados por la tempestad de las persecuciones, ni seducidos por el prestigio y los ardidés de Satanás, que, desatando entonces, desplegarán en vano sus fuerzas contra ellos; y aún debemos creer, que entonces, así como habrá algunos que, sin duda, abandonarán la Iglesia, habrá otros, que ingresarán en ella. Pero ¡qué valor, qué piedad animarán entonces á esos generosos atletas, á esos sacerdotes, á esos predicadores futuros, puesto que los mismos que habrán convertido á Jesucristo con sus predicaciones, han de obtener la victoria contra el maligno del Evangelio, que, en aquellos tiempos, ya no será negado, y que se servirá de todos sus ardidés para

seducirlos, y de todas sus fuerzas para vencerlos, sin que pueda adormecer su vigilancia, ni triunfar de su paciencia, ni impedir, aunque desatado, que se libren de su furor! ¡Oh Dios! cuán dignos pastores regirán entonces al pueblo de Dios! cuál será la grandeza de su fe, de su celo, de su paciencia, de su caridad, puesto que triunfarán de un adversario tan temible, y no serán comovidos por tan espantosas tribulaciones! Y si fijamos la consideración en las luchas que habrán de sostener los últimos eclesiásticos, esos admirables santos de tiempos venideros, que defenderán á la Iglesia en tan terrible extremo; ¿qué juicio podremos formar de nosotros, comparados con ellos, puesto que para poner á prueba su virtud, se soltará un enemigo tan formidable, y nosotros, al presente, le hacemos resistencia con tanta dificultad, sin embargo de estar atado?» En estos términos se expresa el más ilustre Doctor de la Iglesia. Por esto leemos en el Apocalypsi, que los predicadores, enviados por Dios para fortalecer á su pueblo contra los ataques del Anticristo, no son llamados para y simplemente hombres, sino *Angeles fuertes*, nombre y título de honor de que por lo común se sirve la Sagrada Escritura para designar á los eclesiásticos. En todas partes son Angeles los que predicán la palabra de Dios, anuncian el Evangelio á toda la tierra, amenazan á los pecadores con el próximo juicio, fortalecen á los buenos, dominan á los demonios, y triunfan del inferno y del Anticristo.

«En estas revelaciones, sigue diciendo nuestro piadoso autor, san Vicente Ferrer, el apóstol de los últimos tiempos, y el predicador continuo del juicio, elevado por un trasporte profético, vió la gloria de ese cielo de los últimos tiempos, y predijo sus virtudes con una magnificencia incomparable.» Es preciso, dijo, que tengamos continuamente á la vista, como en un cuadro misterioso expuesto á nuestra devoción, tres grandes temas de meditación: 1.º que consideremos sin cesar á Jesucristo en su Encarnación y en la Cruz, *Christus incarnatus et crucifixus*. Y en efecto; en estos dos misterios, Jesucristo se presenta á los sacerdotes como objeto principal de la meditación de un eclesiástico, puesto que en estos dos estados, se representa á la vez como sacer-

dote y como víctima, y por lo tanto, como nuestro modelo.

2.º Lo segundo, que debemos considerar (nosotros, ministros de Jesucristo), y meditarlo atenta y continuamente, es la vida de los primeros sacerdotes, sus virtudes y sus hechos, los grandes ejemplos que nos dieron esos hombres apostólicos que nos precedieron, y que obraron tantas maravillas para establecer el reino de Dios, á fin de imitarlos: *ut illis conformemur*. Este es el fruto que debiéramos sacar de la meditación de la vida y de las virtudes de los sacerdotes de la primitiva Iglesia, cuyo recuerdo debiera santificarnos, para atraer después á los demás á su imitación.

3.º Pero hé aquí el tercer espectáculo que ha de atraer nuestras miradas; es cierta clase de operarios evangélicos que Dios suscitará en los últimos tiempos, y cuyas virtudes futuras el Santo nos exhorta á meditar de día y de noche, y á desear su venida, y á rogar á Dios que nos envíe á su Iglesia: *status virorum evangelicorum futurus et hoc debes die ac noctu meditari*. «Felices nosotros, si nos esforzamos en ser las primicias y los precursores de los mismos, y si tratamos de rellejar en nosotros un rayo grosero de la santidad que habrá de distinguir á aquéllos.» Pues bien; hé aquí lo que el Santo, que previó los tiempos venideros, nos dice sobre este particular: Serán hombres muy pobres y muy desprendidos, muy sencillos, suaves, humildes, deseosos de ser tenidos por abyectos, y unidos entre sí por los lazos de una vivísima caridad: «*Scilicet, status pauperiorum, simpliciorum, et mansuetorum; humilium, abjectorum, charitate ardentissima sibi conjunctorum*.» Esos hombres, verdaderamente apostólicos, no hablarán, ni encontrarán satisfacción sino en Jesucristo, y en Jesucristo crucificado: «*Nihil cogitantium, aut loquentium, nec soporantium, nisi solum Jesum Christum et hunc crucifixum*.» No harán caso alguno del mundo, ni se cuidarán de él, ni se tomarán por él trabajo alguno; se olvidarán enteramente de sí mismos, sin ocuparse de su salud, ni de sus intereses, ni de su gozo Dios en los cielos con los bienaventurados; suspirando, del fondo de su corazón, por la posesión de tan rica herencia; deseando continuamente la muerte, para ir á unirse con el que aman, y di-

ciendo sin cesar, á ejemplo de San Pablo: Deseo la disolución de mi cuerpo, para estar con Jesucristo, y gozar de los bienes inestimables y de los tesoros inmensos reservados á los Santos. Serán hombres de una devoción suave, dulce, amable, y cuyos sentimientos fluirán del corazón con una tranquilidad como la de un arroyo de miel; hablarán con unción; y capaces de todas las buenas obras, derramarán sobre todas las cosas un espíritu de paz y de amor.»

Pues bien; para formarnos una idea del espíritu y del proceder de esos hombres apostólicos, debéis figuraros unos hombres en transportes de júbilo, y cantando, con los armoniosos instrumentos de su corazón, el cántico de los Angeles.»

«Esta consideración excitará en vosotros, más de lo que podéis figuraros, un vivísimo deseo, que os hará esperar con impaciencia el advenimiento de esos últimos tiempos, y que, iluminando vuestro entendimiento con una luz admirable, desvanecerá las nubes de la incertidumbre y de la ignorancia.»

«Iluminados de esta suerte, y á favor de esta luz, conoceréis visiblemente y observareis con claridad los defectos de estos tiempos. Meditad, pues, este orden mezclado ó místico de eclesiásticos, que ha habido desde los primeros tiempos de la Iglesia, y que habrá también en los últimos tiempos del mundo, y hasta el día del advenimiento del Hijo de Dios. Llevad siempre en el corazón á Jesús crucificado, á fin de que os conduzca á la gloria eterna.» (San Vicente Ferrer, *T. Via Espiritual*, cap. XIX.)

Este grande Apóstol (del siglo xv) anunciaba con frecuencia á los pueblos á quienes evangelizaba, que algún día se formará una compañía de varones apostólicos, que arderán en celo por la verdadera fe, y estarán adornados de todas las virtudes. «Es indudable, decía, que Dios reserva para los últimos tiempos, hombres de una santidad muy eminente, y que rivalizarán, en cierto modo, con los Apóstoles de los primeros tiempos de la Iglesia; serán para la defensa de la Iglesia lo que es para un ejército la vanguardia, que se procura formar con tropas iguales, ó poco inferiores en valor, á las que pelean en primera fila.»

Podríamos publicar muchas otras páginas referentes á la próxima regeneración del clero, y á los Apóstoles de los últimos tiempos; pero las circunstancias nos apremian.

Debemos, pues, limitarnos a lo que es de grande y actual importancia, á saber: la verdad de la Saleta, y el origen divino de sus predicciones. Por lo tanto, nos limitaremos á afirmar, sin perjuicio de probarlo más adelante, que las naciones se repondrán una vez más de su apostasia, gracias á la misericordia de Dios, y á la virtud de sus sacerdotes, que estarán templados en la santidad. Esa perdon es el último que Dios concederá á los pueblos, lo cual nos advierte, que la consumación de los siglos se acerca, y nos aconseja no abusar, ménos que nunca, de ese supremo perdón. Los Santos de todas épocas nos anuncian esta reforma en el cleró, hablándonos de la última época de la Iglesia y de la venida del Anticristo.—Esperando tratar en breve con el detenimiento y el tacto que se merecen estas dos importantes cuestiones, solamente citaremos algunos de los ilustres personajes á quienes Dios, en los ocho últimos siglos, ha revelado esos grandes acontecimientos de la consumación de los siglos. En los siglos xii y xiii, los fieles fueron advertidos por santa Hildegarda, san Malaquias y el abate Joaquin; en los siglos xiv y xv por santa Brígida, santa Catalina de Sena, santa Gertrudis, y san Vicente Ferrer; en el siglo xvi, por santa Teresa, san Vicente de Paul, el P. Isidoro de Isolani y el venerable César de Bus; en el siglo xvii por la muy reverenda Madre de Matel, la venerable Maria de Agreda, el venerable Eudes, el venerable Holzhauser, la beata Espiritu de Jesus, y la beata Margarita Maria; en el siglo xviii por Sor Natividad, el P. Benito Labre, el P. Nectou, el venerable Grignon de Monfort, el abate Souffran, y la reverenda Catalina Emmerich; por último, en el siglo xix, por Isabel Canori-Mora, Rosa Colomba, Maria Lataste, el P. Bernardo Clauti, el venerable párroco de Ars, la muy reverenda Madre del Bourg, la Estática de Niederbronn, la venerable Ana Maria Taigi.... Esta série de imponentes autoridades, cuyas comunicaciones celestiales sobre esta restauracion universal, sobre los Apóstoles de los últimos tiempos, y el Anticristo, publicaremos, prueba cuánto pensaron los Santos en nuestra época y en la perfeccion necesaria á los sacerdotes, que han de batallar la gran batalla del Señor.

XXVI.—Si el fin del mundo está próximo.

«Durante ese tiempo nacerá el Anticristo; tendrá un precursor.....» —Lo que acabamos de decir, revela que la piadosa Pastora de la Saleta no es la única que nos anuncia, que el mundo va á ser transformado. *Et renovabis faciem terre*; que debemos esperar otros cielos y otra tierra, en donde reinará la justicia: *novos vero celos et novam terram secundum promissa ipsius expectamus in quibus justitia habitat*, (S. Pedro, III, 13); y que, por fin, va á presentarse el gran Enemigo de Jesucristo. La cuestion de Jesucristo, que ha preocupado tan vivamente á los siglos anteriores, ha sido el gran tema de nuestra época. Todo parece preparado para la venida del MALDITO. Los autores más graves están persuadidos de ello; citáremos, entre otros, á Mons. Dupanloup, Mons. Gaume, Mons. de Segur, el abate Huchedé, y el marqués de Mirville.... El derrumbamiento de la república cristiana por la apostasia de los gobiernos y de los pueblos; la debilidad general de la fe, la indiferencia religiosa, y la ruina de los principios, que están realizando los *católicos liberales*; el mundo social, que está pervirtiéndose continuamente, sin que quiera apercibirse de ello; la transformacion radical, que se ha efectuado entre los Judios, ya en sus creencias, ya en su posicion entre las naciones en que están todavia dispersados; el desbordamiento general de la vida material, en contraste con la vida espiritual.... todo nos anuncia la consumacion de los tiempos. Es preciso preparar á la generacion próxima para ese solemne momento; los Santos han cuidado, desde mucho tiempo, de señalarlos la Bestia infernal en todo lo que puede hacérnosla reconocer; origen, educacion, carácter, seducciones, crueldad, prestigios, dominacion universal, nada se ha olvidado, á fin de precavernos contra sus furioses y perdidas; más aún; los mismos Santos nos advierten, que durante esta terrible prueba, Dios concederá á su Iglesia las gracias y los auxilios más extraordinarios, para que saive á sus verdaderos hijos de todos los peligros. Entonces Enoch y Elias volverán á la tierra; atacarán al *Grande Apóstata*; morirán por la gloria de Jesucristo, y su martirio traerá la ruina total del *Mónstruo*, cuando parecerá triunfar.

En otro folleto trataremos por separado estas cuestiones, pues su importancia es sin igual.

XXVII.—Las predicciones de la Saleta comprobadas por su cumplimiento.

La conversacion de la Santísima Virgen con los dos Pastoritos, contiene predicciones en la parte que fué publicada, desde un principio, y en la que se ha ido revelando poco á poco, desde 1851.—Lo que hasta el presente hemos escrito en nuestros cuatro opúsculos, sobre esta manifestacion divina, ha debido confirmar á las almas rectas en su confianza. Les hemos dado las pruebas racionales de nuestra creencia en la santa Aparicion, y ellas han debido producir su efecto en los entendimientos ilustrados. Pero hay hechos, que, procediendo del cielo, son pruebas que están al alcance de todos, y son bastantes para convencer á todos los entendimientos. Así es, que la fuente que ha agotado manando sin cesar, de veinte y ocho años acá, las curaciones milagrosas, las conversiones que se verifican, ya en aquellos lugares, ya á gran distancia de los mismos, por efecto de esta nueva devocion; la peregrinacion que ha comenzado y subsiste, á pesar de todos los esfuerzos de la oposicion; y por último, los acontecimientos, que han comprobado las predicciones: son otras tantas pruebas directas é irrefutables, que pueden más que todos los silogismos. Pero ¿qué hubiera sucedido, si en vez de oponer resistencia á Maria Sma., y de poner obstáculos á los buenos deseos de su amor, la Francia entera, imitando el arrepentimiento de los asirios, y no el endurecimiento de los egipcios, se hubiese apresurado á corresponder á la excitacion de su divina Protectora? Esforcémosnos á lo ménos en reparar lo pasado, y en compensar con un arrepentimiento más vivo, nuestra anterior indiferencia. No puede decirse, sin embargo, que la santa Aparicion haya quedado sin resultados, aunque es fuerza confesar, que la perversidad del siglo, si no ha inutilizado los efectos, á lo ménos los ha disminuido. Por esto el Señor, como un buen padre, nos ha hecho pasar sucesivamente por pruebas cada vez más fuertes, reservando para el último sus más terribles golpes, si persistimos en olvidar nuestros deberes, y si seguimos viendo alejados de Dios.—Todos los peca-

dores estaban llamados al arrepentimiento y debian someterse á la ley divina; solo algunos individuos se han convertido. Los gobiernos, los pastores de los pueblos, las ciudades, los villorrios, tenian que expiar é implorar la misericordia celestial; y, sin embargo, en ninguna parte se nota una mejora, sino en algunos pueblecitos inmediatos á la Saleta. Los milagros y la peregrinacion al santo Monte no han cesado por completo; pero como no se ha hecho cosa alguna, que merezca el nombre de grande y generosa, Maria Sma., ya que se *entierra* la más importante de sus manifestaciones, parece que ha llevado á otra parte sus gracias más abundantes. Hé aqui, que Lourdes se atrae la multitud de los peregrinos á causa de los milagros sin cuento que allí se obran. Apresurémonos, pues, á reparar nuestros descuidos, pues en donde se ha pronunciado nuestra condenacion, allí ha de obtenerse nuestro perdón.—Si; el gran tema de Maria Sma. es la conversion de todo su pueblo, al que dirigió sus advertencias, y particularmente de su reino privilegiado, de esta nacion, que por su fe y su adhesion á la Santa Sede, habia obtenido el titulo glorioso de primogénita de la Iglesia. Por medio de esta conversion, Maria Sma. anhelaba evitarle todos los castigos, que, desde el año 1817, vienen pesando sobre vosotros, cada año con más fuerza.

Todos los libros que tratan de la Santa Aparicion, hacen mérito del cambio que se ha obrado en las inmediaciones de la Saleta. Hasta el periodismo, que tiende al libre-pensar, y que se interesa poco en los milagros, no ha podido ménos de indicar esta mejora. El *Figaro* del 17 de mayo de 1857 publica estas líneas: «El distrito de Corps era, en otro tiempo, una comarca poblada de montañeses feroces é impios, ávidos, perezosos y completamente miserables. En tiempo de la Restauracion, Mr. de R., abogado general en el tribunal Real de Grenoble, que en una sola audiencia pidió al jurado y obtuvo tres sentencias de muerte, haciendo á la comarca responsable de los muchos crímenes que en ella se cometian, la llamaba: *Escuela de aplicacion del presidio y del cadalso*. Esta figura de retórica forense, aunque justificada por los hechos, tenia un inconveniente que la hacia ineficaz; no fué comprendida ni por unas pocas gentes honradas, ni por los numerosos pilluelos de la

localidad. Pero lo que no habían podido conseguir la elocuencia ni el Código penal, lo realizó en pocos meses la narración de los cárceles pastoricos, que no sabían leer. Las cárceles fueron quedándose desocupadas; llenáronse las iglesias; montáñense sin fe ni ley, se volvieron hombres honrados y morales, haciéndose cristianos.»

María Sma. dijo á los dos Pastores: «Si la cosecha se pierde, no es sino por causa de vosotros. Así os lo manifesté el año pasado por medio de la cosecha de patatas; y vosotros no hicisteis caso de ello. Al contrario, cuando encontrasteis perdidas las patatas, jurasteis, y jurasteis en vano, el nombre de mi Hijo. Las patatas siguen pudriéndose, y por Navidad ya no tendreis una buena.—Si tenéis trigo, no lo sembréis ya. Todo el que sembrareis, los animales se lo comerán. Y el que recogeréis, se volverá polvo en la época de la trilla. Vendrá una grande hambre. Antes que el hambre venga, los niños, menores de siete años, tendrán un estreñimiento, y se quedarán muertos en los brazos de las personas que los sostengan. Los demás sufrirán el hambre como penitencia.—Las uvas se volverán malas. Las uvas se corromperán.»

Yeamos si estos anuncios se realizaron.—La Santísima Virgen nos hace comprender, que si las cosechas se malden, es por causa de nuestros pecados.—La Sagrada Escritura habla en los mismos términos: ¡Ay del mundo por causa de sus escándalos! (SAN MATEO, cap. XVIII, 7). Todo el país es aislado; la tierra está en llanto, porque el trigo está echado á perder; la viña está perdida, y los olivos van languideciendo. Los labradores no saben lo que les pasa; los viticultores prorumpen en grandes gritos. (JOEL, cap. 1). Jerusalén ha cometido iniquidades sobre iniquidades.... Así es que todo su pueblo gime y anda en busca de pan. Han dado todo lo que tenían de más precioso para tener con que alimentarse... y he visto morir en mitad de las plazas á los niños y á criaturas que se estaban lactando. Y gritaban á sus madres: ¿En dónde hay pan? ¿en dónde hay vino? y no habiéndolo, desalentaban. (JEREMIAS, Lamentaciones). Jerusalén, Jerusalén, conviértete, deja de blasfemar su santo nombre, de infringir su santa ley, y de profanar los días que Dios se ha reservado.» Dios, por medio de sus Santos, reprendía de esta suerte á los judíos. María Sma. dirige las mismas

cenensas á los cristianos. Nuestros pecados destruyen nuestras cosechas; y las enfermedades de los frutos de la tierra no han cesado desde el año 1847; entónces Irlanda fué despoblada por el hambre y la peste; Bélgica, Francia, Portugal, España, Lombardía, Alemania, vieron devastadas por la miseria algunas de sus provincias; reuñéndose los motines ocasionados por la carestía. *La Gazette des Grisons, 1^o Univers del 11 de mayo de 1847*, y otros periódicos, publicaron el estado de las cosechas de trigo y patatas en los diferentes países de Europa; todo lo cual justifica las palabras de María Sma., de que para bien del país, en Navidad (1846) no quedaría una patata sana.

—¿Acaso, según la predicción de María Sma., no han continuado las patatas echándose á perder, atacadas de una enfermedad, hasta entónces no conocida? En 19 de enero de 1847, la reina de Inglaterra, ¿no se expresaba ante el Parlamento inglés en los siguientes términos: «Con el mayor celo llamo vuestra atención sobre la escasez de subsistencias, que se nota en Irlanda y en Escocia. En Irlanda, principalmente, la pérdida del alimento ordinario del pueblo (la patata) ha sido causa de crueles sufrimientos, de una epidemia, y de un grande aumento de mortalidad. *La poca abundancia de las cosechas en Francia, en Alemania, y en otras partes de Europa, ha aumentado la dificultad de obtener provisiones suficientes.*»

Los periódicos ingleses del 21 de enero de 1847, calculaban en trescientos millones de francos, las pérdidas causadas por la falta de patatas, solamente en Irlanda. El *Cosmos* publicó, en 13 de marzo de 1857, la noticia, de que «en el departamento de Finisterre, solo había podido conservarse, á lo más, el diez por ciento de las patatas cosechadas en 1856; y además, que de 186 clases que se habían probado por espacio de cuatro años consecutivos, todas habían sido atacadas sucesivamente de la enfermedad.» En 1861 Irlanda tuvo otra vez el hambre.

El trigo y la uva ¿no han sido atacados, como la patata, por una enfermedad no conocida, como no sea la misma de que hablaban á los judíos los profetas Joel y Jeremías? En 1853 comenzó el trigo á verse atacado, y la ciencia no ha podido curar esta enfermedad, que no conoce, porque nuestra ciencia es tan atea como inmoral;

todo lo que ha hecho, pues, ha sido descubrir su ignorancia. No sabe, que siendo ineficaces los remedios de la tierra, es necesario acudir á los remedios del cielo, á lo cual nos invita la Santísima Virgen. Por otra parte, Ageo, ¿no nos había dicho, como á los israelitas: *Habéis sembrado mucho, y habéis recogido poco.... ¿Por qué? Porque, dice el Señor, mi casa está abandonada. He aquí porqué he enviado la esterilidad sobre el trigo, el vino, el aceite, sobre los hombres y sobre todas las obras de sus manos?* (Capítulo IX, 41.)

La cosecha de cereales fué en todas partes muy mala en 1853; entónces triplicaron su valor. Las clases obreras, que forman en todas partes las tres cuartas partes de los habitantes, sufrieron una verdadera hambre, y la mortalidad aumentó considerablemente.—*El Siecle* del 5 de octubre de 1854, tratando de la escasez de las cosechas, confesó, que «hay milagros atmosféricos, que hacen abortar las cosechas en el seno de la tierra, y que secan el racimo en la raquítica cepa.» Se ha podido observar, que esos insectos, esos cryptógamos, que se llaman *oidiums*, *ureda*, *phytozera*, que causan la enfermedad de los trigos y de todas las cosechas, podían producir también el cólera en las personas, es decir, uno de esos castigos que Dios se reserva para imponerlos á los hombres. El protestante Gasparin habla en estos términos á la Reunion agrícola de Valreas (Véase la *Ruche d'Orange* y el *Univers* del 9 de noviembre de 1856): «Ni la fertilidad del suelo, ni las combinaciones de la ciencia, ni la constancia del trabajo, han bastado para dominar ese germen invivible y destructor, que se ha apagado á todos nuestros productos. Los gusanos de seda (las moreras), las patatas, la rubia, el viñedo, los olivos, los naranjos, y otras plantas; y hasta el trigo, atacados en su desarrollo, han venido sucesivamente á burlar las esperanzas del labrador; y allí donde una fertilidad más grande y acumulada bajo los aluviones, parecía que habría de luchar ventajosamente contra la enfermedad, han sido más completas la devastación y la ruina: «Pues bien; ¿qué colige de aquí dicho protestante?—Termina atribuyendo todos estos infortunios al bajo latinismo de nuestra época, al latinismo católico. Para triunfar de todas esas devastaciones, nos aconseja, que volvamos al latinismo antiguo, á

que desertemos de la Roma cristiana para imitar á la Roma pagana.» Ella (la baja latinidad) envía el valor, y rebaja los caracteres. Pero hubo otra latinidad de que se enorgullece el género humano, y que formó á Roma (antigua), sus leyes, y su civilización adelantada. No humillamos nuestro entendimiento bajo un misticismo grosero; no atribuyamos nuestros infortunios (como lo hicieron los profetas de la Ley antigua y de la Nueva) al olvido de algunas prácticas reglamentarias; y la una invocaría los milagros, y si fuese preciso, haría que los hubiese; este es el latin moderno: la otra cegará los torrentes, dirigirá sus aguas errantes, y fertilizará nuestros barbechos; es la noble antigüedad, que sale de la tumba; no son estas dos razas diferentes, sino que son dos principios opuestos.»

María Sma. había dicho, en 19 de setiembre, que los niños morirían, y que los demás sufrirían el hambre como penitencia. Al castigo de la pérdida de las cosechas, ha venido á añadirse el del cólera, y otras terribles enfermedades; y la Europa ha tenido, á la vez, todos estos castigos, desde el año 1853. «En 1854, como en 1855, ha consignado Mr. A. Nicolás (*La Saleta ante la razón*, página 331), los niños menores de siete años han formado casi la mitad del contingente de la mortalidad.» Este mismo hecho se notó con motivo de una epidemia en el distrito de Corps, en 1847. El gran frío que sobrevogía á los niños, iba seguido de un estreñimiento en todos los miembros, y producía la muerte á las tres ó cuatro horas á más tardar. El distrito de Corps se convirtió; y en 1854, no hubo allí caso alguno de cólera, mientras que en los distritos inmediatos, el cólera hacía grandes estragos. En un pueblo del distrito de Mure, de doce hombres, murieron siete de repente, en menos de dos meses. El autor del *Echo de la Sainte Montagne* (Continuación, pág. 10) estaba en aquel país; y dice, que hasta los protestantes de las inmediaciones del santo Monte, habían acudido á Nuestra Señora de la Saleta; que los ministros permitían hacer la peregrinación; y que en Mure, los viajeros leían con edificación en las casas de los protestantes, lo propio que en las de los católicos, esta inscripción: *Oh María, contra el pecado, rogad por nosotros, que acudimos á vos.*

Por último, el *Constitutionnel* de prime-

ros de marzo de 1856, reproducido por el *Univers* del 12 de marzo, consigna el siguiente aumento en la mortalidad de adultos, según documentos oficiales:—«Aunque no están recogidos todavía todos los datos del registro civil, correspondientes al año 1855, tenemos motivo para creer, á juzgar por los datos ya conocidos, que este año arrojará una mortalidad excepcional, á lo ménos de ochenta mil defunciones debidas á la continuación de la carestía. De esta suerte, tendremos, por lo tocante á los años 1854 y 1855, sobre la mortalidad ordinaria, una mortalidad total de 361,000 individuos, mortalidad que, por razon de sus causas, se descompone en esta forma:

1854. Muertes por cólera.	150,000
» Muertes por efecto de la carestía.	74,000
» Muertes de soldados, no inscritas.	25,000
1855. Muertes por efecto de la carestía.	80,000
» Muertes de soldados.	35,000
Total en los dos años.	361,000

Estas muertes *resulantes* de la CARESTÍA, significan muertes causadas por la *miseria* y el *hambre*. y el año 1856 no fué ménos desastroso, puesto que subsistió la carestía de los alimentos. A estas plagas se añadieron las guerras emprendidas por Bonaparte; sabido es cuantos miles de hombres han costado; pero acaso no se sabrá jamás el número de nuestros soldados muertos por el frío en Crimea, por las fiebres en Méjico y en Italia. Natan dió á escoger al Rey profeta, cuyo crimen Dios quería castigar, entre la peste, la guerra y el hambre. Francia ha tenido á la vez todas estas plagas, inclusa la discordia y la guerra civil. ¿Cuánto podría decirse ahora, cuando en setiembre de 1856, Mr. Magne, ministro de Hacienda, dirigía á Bonaparte estas quejas: «Señor, las circunstancias, que acabamos de atravesar, han sido muy difíciles; todos los infortunios, por decirlo así, se han desatado á la vez, la guerra, el cólera, las inundaciones, la prolongada sequía. Uno solo de estos castigos ha bastado en otras épocas para secar las fuentes del trabajo y la riqueza, traer desórdenes en el Estado, y comprometer al mismo tiempo la fortuna

pública y las fortunas privadas. (*Moniteur*, copiado por *L'Emancipation Belge*, de 8 de octubre de 1856).

La enfermedad que ha venido á fijarse en las nueces, no ha sido combatida por nadie; comenzó en 1851; esta cosecha es de gran importancia para el Delinado y las comarcas que están más al Norte, así como el olivo lo es para las comarcas del Mediodía. Mr. Luis Leclerc, en su *Memoria presentada al ministro del Interior*, y publicada en 1853, se expresa en estos términos: «El Leonnes y el Beaujoles, me parecen ménos castigados. . . . Los álamos y los sauces de esta comarca están atacados de una enfermedad particular; la hoja tiene un color triste, está lánguida, tiene un color oscuro como de tabaco. Muchos nogales se encuentran en el mismo estado enfermizo, como en el Isere y en otras partes, donde se ha perdido la importante cosecha de las nueces.» Y ¿que diremos de la uva y del viñedo? Los acontecimientos ¿no han justificado las predicciones de la Saleta?—Por vez primera en Margate, en una sierra bien situada de Mr. Tucker, donde el cultivo es forzado, pues la viña no se arraiga por naturaleza en Inglaterra, el colono se apercibió de una eflorescencia blanca-gris, que cubria las uvas. Esto sucedía á últimos de 1845. Y según la memoria de Mr. Leclerc, la misma enfermedad se declaró en 1847, en los cultivos forzados de las inmediaciones de Paris. En 1850 se presentó el *oidium*, pero debilmente, en varios viñedos; pero en 1852 se le encuentra ya en varios puntos de Europa, Argelia, Siria, y Asia Menor. El *Moniteur* del 12 de agosto de 1851, publica varios documentos, de los que tomamos lo siguiente: «La enfermedad de que estaban atacadas las uvas de la mayor parte de la comarca vinícola de Macon, se propaga á las cepas de uvas blancas de Pouilly, Fuis-sé, Chintré. . . . Las uvas atacadas se vuelven blanquizas, es decir, parece que han sido enjabonadas; despues se vuelven negras, se pudren, y huelen mal. Dentro de quince dias se podrá sin duda saber exactamente en que consiste esa enfermedad, que ha sembrado el espanto en las comarcas en que se ha desarrollado.»—Desde 1852 sabemos ya lo que ha ocurrido con los viñedos. . . . El azufre ha conseguido pocos resultados; al *oidium* ha sustituido el *phylloxera*. . . . Ahora hay que quemar las ce-

pas que son atacadas de esta enfermedad. . . . La uva, y aun el sarmiento, estan verdaderamente envenenados. Los hielos de 1873 han venido á destruir lo que la enfermedad hubiera podido respetar.

Las predicciones de la primera parte de la *Conversacion de la Saleta*, han sido, pues, justificadas por los acontecimientos. Vemos si ha sucedido lo propio con los de la segunda parte.—1.º Allí se señala el año 1864 como el tiempo en que el poder del infierno se desatará sobre la tierra (Véanse las pag. 27 á 33). Hemos probado por los hechos, que este anuncio se ha cumplido perfectamente.

2.º Leemos en la segunda parte:—«Dios va á castigar de un modo ejemplar. Ay de los habitantes de la tierra! Dios va á agotar su cólera, y nadie podrá librarse de tantos males reunidos. . . . La tierra será castigada con toda clase de males. . . . La sociedad está próxima á las más terribles plagas, y á los más graves acontecimientos; debe esperarse que se gobierne por una vara de hierro y que se haya de beber el cáliz de la cólera de Dios.»—No tenemos más que echar una mirada á la vara de hierro ó á la impiedad que gobierna á los católicos en Alemania, en Austria, en Italia, en Suiza, en España. . . . Y por lo que respecta á Francia, la cualidad de *ejemplar* ¿no es rigurosamente exacta? Pidamos á Dios, que no háyamos de pasar otra vez por semejantes pruebas. . . . ¿Se ha visto jamás en el arte de la guerra tanta habilidad en nuestros enemigos, y tanta indisciplina é imprevision en nosotros? Un emperador se rinde y entrega su espada, cuando está todavía al frente de cien mil franceses. Este hecho deja estupefacto á Guillermo, que no acierta á comprenderlo, y que dá á Dios gracias de todo. ¡Dos provincias arrebatadas á nuestra patria; todos nuestros ejércitos destruidos; trescientos mil oficiales y soldados prisioneros! ¡La ocupacion extranjera que tanto envilece! ¡Cinco mil millones de francos á pagar á nuestros vencedores! ¡La fortuna particular comprometida! Y luego despues, el bochorno del gobierno del 4 de setiembre! ¡Las atrocidades de la Commune, y por último, la politica de Mr. Thiers! Si; Dios ha castigado de un modo *ejemplar* á la Francia á causa de la impiedad que la domina. Si esta falta de sentimiento religioso sigue subsistiendo en los gobiernos (y he-

mos de temer que así suceda), Dios no se limitará á estos castigos. Nuestros contradiectores no tienen ojos, puesto que no oyen el vendabal que precede á las tempestades, ni tienen ojos para ver los relampagos que anuncian el rayo.—En 1864, y hasta en enero de 1870, en que se hizo pública esta parte del secreto; ¿quien podia predecir esos deplorables desastres, que se han sucedido casi sin interrupcion, desde 1816, y principalmente desde el mes de julio de 1870?

3.º «Que el Vicario de mi Hijo. . . . desconfío de Napoleon; en su corazon hay doblez, y cuando querrá ser á la vez papa y emperador, Dios se apartará de él. . . .» ¿Qué ha sido la vida de ese Bonaparte, sino una prolongada traicion contra Dios, la Iglesia y la Francia, desde el momento en que con su hermano y todos los sectarios italianos, tomó las armas contra la Santa Sede, en tiempo de Gregorio XVI, y desde sus conspiraciones de Estraburgo y de Bolonia, hasta el dia en que retiró de Roma nuestras tropas? ¡Oh! En su corazon ha habido siempre doblez. Teniendo en su favor algunos obispos, queria, siendo emperador, hacerse tambien papa, y formar su Iglesia de católicos liberales. Nuestros galicanos le escribieron una *Memoria*, para que llegase á dominar el Concilio, y á sublevar á los demás soberanos contra el dogma de la infalibilidad. Daba sus órdenes arregladas á este intento, y sus fieles servidores, y sus periódicos, fomentaban su odio y su politica contra el Concilio. El fué quien, por medio de sus representantes en Roma y en Constantinopla, sublevó á los Armenios. Semejante á los Césares del Bajo Imperio, é imitando á Napoleon I, queria hacerse papa y emperador, para dominar á la vez las almas y los cuerpos, y llegar, de esta suerte, con más seguridad á destruir el poder del Vicario de Jesucristo. Pero, precisamente entonces, Dios se apartó de él, y le entregó junto con sus numerosos ejércitos.

Sabido es á donde llegaba su obcecacion sobre el *espiritismo*: éste queria de Napoleon, su ídolo doméstico, hacer un idolo nacional. Por último, el *Siecle*, periódico poco escrupuloso, le llamó *mónstruo de inmoralidad*, y al caer del trono, una pastoral calificó su largo reinado del modo que merecia.

Lo propio sucedió con el reinado impio de Luis Felipe.

4.º «Bonaparte es esa águila, que, queriendo remontarse constantemente, caerá sobre la espada de que quería servirse para obligar á los pueblos á ponerle más alto.» En efecto, go encontró el emperador su ruina en el medio por el cual quería levantarse sobre todos los monarcas, á pesar de su *decrepitud*, y en el momento en que esperaba llegar al colmo de la gloria? Esta predicción anuncia claramente su loca guerra contra la Prusia, á la que él había hecho poderosa, y, sin embargo, la guerra fué proclamada por las Camaras; se soñaba en celebrar un 15 de agosto en Berlin; ya se miraba con lástima á los prusianos, pues nadie en Francia esperaba, que el emperador sería constantemente vencido; que, cobarde, iría á rendirse al enemigo; y que la entrega de su espada implicaría el más vergonzoso destronamiento. Por otra parte, sus propios intereses y los de la revolución dictaban en todo su conducta. Por un despecho de orgullo, declaró esa guerra funesta, sirviéndose de sus revolucionarios, pero para engañarle, si convenia, y aprovecharse de sus desaciertos. Si: Bonaparte es esa águila, que, deseando remontarse, cae sobre la espada de que se servia para elevarse.

5.º «Algunos sacerdotes, religiosos y aún obispos, abandonarán la fe.»—En 1793 hubo apóstatas de esta clase; entónces se estableció una Iglesia constitucional; sabemos que para su divorcio y su concubinato con María Luisa, Napoleón encontró cardenales y obispos que prefirieron complacer al despotista, ántes que obedecer al Papa, y sacrificaron su conciencia á su interés. Sin embargo, entónces se ofrecieron *circunstancias atenuantes*; el Terror revolucionario; luego después el prestigio del soldado; y, por último, la falsa doctrina de causar un pequeño mal presente, para impedir un gran mal eventual. Pero en nuestros tiempos de apatía, hejo un gobierno sórdido, y un jefe innoble, ver lo que se ha hecho en Roma contra el Papa, contra el Concilio, contra nuestros obispos de Oriente, á quienes se engató para hacerlos rebeldes; y luego después, ver á esos pocos eclesiásticos que en Francia, en Italia, en Austria, en Alemania, en Suiza, y aún en Irlanda y en la Tierra Santa, hacen gala de su vergüenza,

se casan; apostatan de la fe..... encontrar un obispo en España, *el de las Filipinas* (*) que obedece á la Revolución en vez de obedecer al Papa; ver á los *católicos viejos* de Alemania, darse á sí propios un obispo..... ¡ah! temblamos al pensar en la posibilidad de que hubiésemos de sufrir nuevas persecuciones! La tibieza en la fe y la cobardía de las conciencias, frutos del galicismo, deben hacernos temer esa apostasia, que temen tanto nuestros santos obispos.—El dcaimiento de los espíritus se descubre en todas partes; por esto los escándalos menudean sin vergüenza. Bastenos repetir esas quejas de Pio IX. formuladas con motivo del entierro de Bazzani, en Alejandria, patria de un gran Papa: «No puedo ocultar la impresion penosísima que he experimentado, al leer en ciertos periódicos, que su cadáver ha sido depositado con gran pompa en el templo principal de su país, y que sobre la puerta del templo se habia consignado, que «la Bondad Infinita acogia en sus brazos al difunto.» Tambien me afligi al leer que los sacerdotes, todavía más corteses que los ministros de un Soberano Omnipotente, han prestado su cooperacion á esas ceremonias fúnebres, ó por mejor decir, á esas fúnebres profanaciones. Quiero creer que todo esto es falso, y que no se ha hecho tan grande injuria á la memoria de Alejandro III. Nuestros soldados han sabido respetar más que esos eclesiásticos, negándose á enterrar al diputado Brouses.

6.º «Esté prevenido el Papa contra los forjadores de milagros, pues ha llegado el tiempo en que se harán en la tierra y en los aires los prodigios más sorprendentes.»—Es evidente, por este texto, que si hay prodigios diabólicos, y si el espiritismo invade el mundo, debe tambien haber prodigios divinos, á fin de combatir el infierno y confortar á los fieles, excitarles á orar con fervor, y á prepararse para las grandes luchas. La Santísima Virgen, al advertirnos de esta suerte, ¿no nos dice, que para los hechos extraordinarios nos atengamos á las decisiones de la Iglesia? ¿No señala á nuestras piadosas meditaciones los hechos divinos, que se multiplican más que nunca desde sus quejas, sus lágrimas, sus predicciones

(*) El autor incurrir en una equivocacion. En otro lugar hubiera podido encontrar algun ejemplo; pero no en España. La persona que cita como obispo de Filipinas, no era obispo. C.

en la Saleta, Lourdes, Ceretto, Pontmain, Neubois, los milagros de Nuestra Señora de los Angeles, y esa larga serie de maravillas que hemos referido en nuestro periódico *La Tierra Santa*? Este anuncio y estos hechos, que son superiores á todas las presiones humanas ¿no demuestran la verdad del documento que defendemos?.....

Basta; queda cumplida nuestra tarea. La Saleta queda justificada en todas sus partes y doctrinas. Esta última prueba de sus predicciones, realizadas de un modo tan sorprendente, tan incontestable, es la sancion más evidente de su celestial origen. La profecía que se cumple, revela su santidad. El porvenir pertenece á Dios; solo Dios lo conoce y lo revela; solo Dios dice con toda verdad: «Os he anunciado desde ahora las cosas que habian de suceder; he obrado de improviso, y estas cosas han venido.» (Isaías, XLVIII, 3). Véase en nuestro segundo opúsculo, la carta de monseñor Zola, que revela, á despacho de los *Pequeñas semanas*, que el documento de Melania está conforme con la Sagrada Escritura y con la doctrina de la Iglesia.

CONCLUSION.

¡Gritos de pena! ¡Gritos de esperanza!
¡Deberes de los católicos!

Desde el año 1866, las iniquidades de la tierra, así como los castigos que se ceban contra los culpables, no han hecho más que agravarse y acentuarse..... Sin embargo, desde dicha época, en su Carta pastoral sobre los infortunios y las señales del tiempo, el Sr. Obispo de Orleans escribia esta introduccion á nuestro IV opúsculo, que copiamos al final. Pero poco importa: estas reflexiones tan exactas del elocuente Obispo, son tambien la justificacion del secreto de Melania y de todos los comentarios que de él hemos hecho. «No puedo menos de observar, dice Mons. Dupanloup, cuan singularmente las expresiones de que se sirve Nuestro Señor para anunciar los días malos, se aplican á los tiempos en que vivimos y á los castigos que estamos sufriendo. Nuestro Señor alude en algun punto del Evangelio, á los tiempos en que no se oirá hablar sino de luchas y revoluciones: *Cum advertitis praelia et seditiones*; á las guerras y ruido de guerras; *Bella et opinionum pro-*

horum; tambien habrá terremotos, pestes y hambre amenazadora: *Et terremotus magni erunt per loca et pestilentia et fames*. ¿Cómo no hemos de sorprendernos, repito, al encontrar en estas advertencias de Nuestro Señor, algo de lo que vemos y de lo que estamos sufriendo?.... Sé las tempestades por las que ha pasado la Iglesia de Jesucristo en diferentes tiempos, y las que puede sufrir todavia. Pero veo tambien, que el mal crece, y *tema proporciones no acostumbradas*; y si Fenelon, en pleno siglo XVII, pudo exclamar, viendo aproximarse la Revolución francesa: «El día de la ruina está próximo, y los tiempos se apresuran á venir; yo tambien, que veo crecer la oleada, no puedo menos de impresionarme. Y lo digo francamente: He pasado días malos, pero no he visto otros más amenazadores, que los presentes. En estos últimos tiempos he oido gritos de irreligion, como nunca los habia oido. Bien puede decirse con san Pablo: «El misterio de iniquidad se forma: *Mysterium jam operatur iniquitatis*.»

«De diez años acá, la impiedad ha tomado entre nosotros un carácter espantoso, el carácter que san Pablo definió con tanta precision y energia en estas palabras: *Exaltatur super omne quod dicitur Deus, aut quod colitur*. Todo lo que es Dios, religion, culto, todo esto incomoda ahora á la impiedad, y lo persigue tenazmente, y con una osadía y una generalidad, que no se habian conocido. Las doctrinas impías y revolucionarias, no se propagan secretamente y con misterio; tambien ellas han roto sus diques; no sé que poder misterioso las alienta y las desata. Ahora estan activando su obra, como nunca lo habian hecho, con una tranquilidad y una seguridad del éxito, que ya no se disimula. Así es, que los castigos del orden social, se simultanean con los del orden fisico. ¿Hemos de extrañar, que esto suceda, cuando se ve el estado de las almas y de las conciencias? Arriba hay la elegante y espantosa corrupcion de costumbres, que de cuando en cuando refiere la prensa; abajo las pasiones más amenazadoras, mal reprimidas; en todas partes el desbordamiento de los errores más subversivos: la guerra á Dios y á la Iglesia, guerra más universal, más radical, más encarnizada que nunca.

«Si; y hé aqui lo que principalmente me espanta, y me hace temer para los últimos

días de este siglo las últimas calamidades. La guerra a Dios y a la Religión va cada día en aumento. El ateísmo marcha adelante con la cabeza erguida. Bajo este concepto, hemos acentuado de mucho al siglo XVII. Si alguien lo pone en duda, atienda. Recordad, como síntoma de los tiempos en que vivimos, algunos hechos, entre otros muchos: el congreso de los estudiantes en Lieja, el congreso internacional de los obreros en Ginebra, la francmasonería y la demagogia italiana, que, por desgracia, ha encontrado ó ha comprado tantos ecos en Francia. El prelado, cita algo más adelante, la vergonzosa asociación de los solidarios, que se obligan a morir prescindiendo de todo principio religioso. Este despoismo impío es la última palabra, el fin supremo de la democracia irreligiosa y socialista; y ahí está, á mi entender, una de las más terribles amenazas de los presentes tiempos; pues, bajo el nombre de libertad, se prepara la tiranía de las almas; es la obra de la Convención, que se ha reproducido bajo otra forma. Y digámoslo de paso: la instrucción gratuita y obligatoria, divorciada de la religión, será el instrumento más intencional y más violento de esta tiranía para todos los hijos de familias del pueblo en Francia.

• Dios nos avisa, y no se quiere comprender. Dios nos castiga, y no se quiere comprender. Las enfermedades epidémicas, que han venido sobre los animales y los hombres; las guerras, los terremotos, las inundaciones se suceden sin interrupción, y no se quiere comprender. El orden moral y social está trastornado, y no se quiere comprender. Se proclaman las doctrinas más perversas; los principios vacilan como astros errantes sobre nuestras cabezas, y no se quiere comprender. Algun día se comprenderá; mas ya será tarde. Pues quíerase ó no se quiera, es preciso que la gran ley providencial se cumpla; y así para las colectividades, como para los individuos, como lo enseñaba también el paganismo, la justicia sigue siempre, con paso lento á veces, pero seguro, á la iniquidad... Entonces se sabrá lo que le cuesta á un siglo el haber puesto la mano en el Ulgido del Señor... Sí; se me llamará tal vez profeta del infortunio; no me importa; pero lo que se prepara para Europa, es espantoso; yo no lo veré tal vez, pero lo anuncio.

• Si los católicos de todos los países, y

diré más; si los cristianos de todas las comuniones, si los hombres de orden, sean quienes fueren, se dejan cegar y adormecer, y no comprenden, que ahora hay necesidad de un grande acuerdo entre todos los hombres honrados, en favor del bien público, todo está perdido. En semejante situación, en medio de todos los infortunios del pasado y de esos temores para el porvenir, me veo obligado á decir, que ha llegado la hora de dirigir á Dios, con más instancia que nunca, el grito de nuestras oraciones.

El respetable obispo de Versalles, en 43 de mayo de 1873, expresaba en estos términos al clero sus temores: «Si, decía, Mons. Mabille, los tiempos son malos: *Dies mali sunt*. En nuestro concepto, es imposible encontrar en la historia una época análoga á la nuestra, bajo el aspecto de los acontecimientos que nos afligen y de los peligros que nos amenazan. Es indudable, que Dios y la Iglesia han tenido siempre enemigos. Las persecuciones, las herejías, las rebeldías contra la autoridad en todos los siglos, son hechos brillantes que prueban, que estamos en una tierra de lucha. Pero es indudable, que los eternos enemigos de Dios y de la Iglesia, nunca han sido tan numerosos, tan disciplinados, tan perversos, tan malos, como lo son ahora. En las épocas de los tiranos y de los secretarios, las tempestades suscitadas por algunos individuos, aunque terribles, encontraban obstáculos, que disminuían su violencia, y los limitaban á cierta esfera. Aquí corría la sangre de los mártires; allí se planteaba la herejía y causaba víctimas. Pero la fe, teniendo al efecto toda su savia, en vez de debilitarse, se arraigaba cada vez más en las almas y multiplicaba sus triunfos. Las masas se libraban de la acción del mal; conservaban sus creencias, respetaban la autoridad, atendían á la voz de la Iglesia, conocían la indole y la excelencia de los bienes espirituales. Los que estaban al frente de los pueblos, como Soberanos, como Legisladores, no se ponían en lucha con el cielo. Estaban convencidos de que Dios está en el fondo de todas las cosas sociales. Los paganos, los Césares perseguidores, no podían gobernar á los hombres y conservar entre ellos un simulacro de civilización, sino dándose atribuciones y privilegios que no pertenecen al hombre. Mas ahora ¿qué vemos? La injusticia, la torpeza y la im-

piEDAD son aclamadas en todas partes. «La guerra, que se hace á Dios, se generaliza cada día más. Parece, en realidad, que todos los demonios del infierno (1864) toman parte en ello, y despliegan ahí su astucia y sus furros. Los agitadores, que la han preparado, desde mucho tiempo, y que la dirigen con la mayor habilidad, no dudan del éxito. Fuertes con los extraordinarios recursos que reciben de todas partes, ya cantan victoria. En breve, el ateísmo habrá reemplazado nuestras antiguas creencias.»

A estos gritos de dolor, añadamos las siguientes palabras de esperanza; pues si comprendemos bien la situación, si, en fin, sabemos ser cristianos fieles y no paganos degradados, en nuestra misión católica en el mundo, inclinando la frente hacia la tierra, é implorando la misericordia divina, todavía podemos tener esperanza. La caída de Thiers, el orden y la confianza social, que renacen bajo un gobierno honrado, que no ha de avergonzarse de Dios ni de su ley, ni hacer traición á la Iglesia, ni abandonar al Papa, y, por último, la fe, que se descubre en nuestras peregrinaciones nacionales, son otras tantas esperanzas... Dios se cansará de castigar. Mons. de Segur (*Mes del Sagrado Corazon*), nos dice: «Todas las señales indicadas por el Hijo de Dios (XXIV S. MATEO) se reúnen, se acumulan, por decirlo así, con una espantosa evidencia; la fe decrece, y se va; el Evangelio es predicado casi en todas partes; las sociedades bautizadas, han apotestado casi todas; guerras espantosas, luchas de pueblos á pueblos, o en la misma nación, espantan al mundo; los milagros se multiplican por todas partes; un conjunto, verdaderamente extraordinario de profecías, muchas de las que son ciertamente auténticas; se simultanea con un instinto secreto de las almas santas; y, finalmente, los tres misterios, que al parecer han de servir de refugio á la Iglesia de Dios en las tribulaciones supremas, el misterio de la infalibilidad del Papa, el misterio de la Immaculada Concepción, y el misterio del Sagrado Corazon, dominan la tempestad universal, suscitada contra todo lo que tiene carácter católico; proporcionan á los verdaderos fieles la firmeza de la fe y de la obediencia, la gracia de la inocencia necesaria para el triunfo, etc. Todo nos indica la proximidad, más ó menos inmediata de los últimos

tiempos predichos por Nuestro Señor.»

¿Qué deben, pues, hacer los buenos cristianos en estos tiempos tan calamitosos? Mons. Gaume (*En dónde estamos?*) contesta: VELAR, ORAR, OBRAR, REFORMAR.

VELAR: Si el cristiano de nuestros días quiere salvar el doble tesoro de su fe y de sus costumbres, ha de ser todo ojos y todo oídos. La ley ha venido á ser el punto de mira, contra el que se dirigen los dardos inflamados del enemigo. Este nombre merecen los miles de millones de malas máximas, palabras impías, blasfemias, escritos perversos, chistes obscenos, é infinitos escándalos, que, de continuo, asedian las dos puertas del alma, los ojos y los oídos. «Velad y orad, á todos lo digo, velad y orad, dijo Nuestro Señor, si no queréis ser vencidos.» Por lo tanto, para poner en práctica este primer deber, es lo mejor echarnos en los brazos de María, con una devoción cada vez más filial, y adherirnos más fuertemente que nunca á la cátedra de Pedro.

ORAR: La oración es el arma necesaria del cristiano: sin ella, la derrota es inevitable. Sin la oración cómo se podría vencer en una lucha tal, como la que no se ha visto otra, desde el principio del mundo? Imitando á nuestros padres de los primeros siglos, el cristiano de nuestros días, debe ser hombre de oración y conmutar con frecuencia. «Está mal dispuesto para el martirio el que, por medio de la Eucaristía, no lleva en sí al Dios de los mártires.» (San Cipriano).

ORAR: Cuanto más nos acercamos á la consumación de los siglos, más activa ha de ser la fe del cristiano. Obrar, es cumplir con más perfección que nunca todos los deberes impuestos al católico; es desprenderse más que nunca de esta tierra destinada, con todo lo que contiene, a ser destruída en breve por el fuego; es trabajar á nuestro alrededor, por medio de las palabras, del consejo, del ejemplo, por todos los esfuerzos del celo para salvar á las almas, darles el temple de la fortaleza, de la energía, de la constancia, para sobrevaler las mas terribles pruebas; es menospreciar la vida dulce, muelle, ociosa; es abrazar la mortificación, la penitencia; es contribuir con los bienes temporales á propagar el reino de Jesucristo; es tomar en todas las buenas obras toda la parte que sea posible.

REFORMAR: El enemigo, que tenemos en frente y que pone al mundo en tan grave peligro, es la Revolución; es el hombre arriba, y Dios abajo. Todo hombre que sigue esta conducta, es un revolucionario. Poner en su alma á Dios en su lugar, es para todos un deber más imperioso que nunca, así en la vida privada, como en la pública. Es preciso, además, empeñarse en destruir en la sociedad espiritual el *catolicismo liberal*, peor que el *comunismo* y la *Internacional*. Esta peste, esta francmasonería religiosa, este galicanismo, ha producido la Revolución; así como en la sociedad política ha producido todos los absurdos principios del liberalismo de 1789. La libertad de los hijos de la luz, esta santa libertad, que el Evangelio restableció en el mundo, ha de bastarnos; y la ley de Dios nos parece bastante bella y perfecta para ser la regla, la base de todo, y la ley de las leyes.

BENDICIONES

enviadas por Su Santidad Pío IX, al autor 1.º, de los SECRETOS DE LA SALETA; 2.º, del conocimiento profundo de la Santa Aparición; y 3.º, de la Refutación de los últimos ataques.

«Santísimo Padre:

Claudio Regis Girard, de Grenoble, el más humilde y el último de vuestros hijos, tiene la dicha de postrarse una vez más á vuestras sagradas plantas. Quisiera ser el más animoso y poderoso de todos los cristianos para demostrar su adhesión al *Vicario infalible de Dios*... Pero no tiene más que su pobre corazón, y el pequeño óbolo de sus amigos, y sus dos opúsculos sobre la Saleta, para ofrecerlo á VUESTRA SANTIDAD. ¿De qué modo podría convencer á los indiferentes, á los que no creen, y conmovér á todos los que hacen gemir al mas dulce de los Pastores? ¿De qué modo podría conducirlos á vuestro seno paternal, y también al seno de la Virgen Reconciliadora de los pecadores y de los pueblos culpables?... Pero dignese VUESTRA SANTIDAD bendecirle á él y á todos sus asociados... Esta bendición del nuevo Pedro en la cárcel, de nuestra Víctima, que implora nue-

tro perdón y se sacrifica por nosotros, obrará estos prodigios.

Y que Dios....

Grenoble, fiesta de San Pío V, 1872.

DIE 13 JULII,

DOMINUS BENEDEGIT TE.

P. IX. P. P.

«Santísimo Padre:

Claudio Regis Girard, de Grenoble, el último de vuestros hijos, se postra nuevamente á vuestras sagradas plantas para depositar en ellas, junto con su amor y el de sus asociados, su tercer folleto relativo á la Santa Aparición de la Saleta.—Todavía la combaten esos espíritus pequeños, que creen gobernar el cielo y la tierra; que se quejan de las quejas de María, y que interpretan, según su conveniencia, los actos de la Santa Sede. He respondido á la excitación que se me había dirigido, pues no habían de quedar sin protesta sus detestables actos. Pero dignaos, Santísimo Padre, bendecir al mas débil defensor de las buenas causas, á mas de que la gracia del Altísimo le haga triunfar de todas las malas.... Entonces vuestro corazón no tendrá que sufrir más.

Y que Dios....

Grenoble, día de la fiesta de la Anunciación 1873.»

DIE 29 MARTII 1873

BENEDEGIT VOS DEUS ET CUSTODIAT.

P. IX. PP.

APÉNDICE.

Damos á continuación, y en concepto de documento justificativo y aclaratorio, la Alocución de Nuestro Santísimo Padre, á que se refiere M. Girard, en las págs. 983, col. 2.ª, lin. última; y 984, col. 1.ª, lin. 1.ª y 2.ª.

Y llamamos hácia este importante documento toda la atención de nuestros lectores, pues su lectura, habrá de impresionarnos todavía más que el extracto publicado en el opúsculo que precede. La alocución fué dirigida á la *Asociación católica italiana*, y dice así:

«Es sumamente delicado el pensamiento

que acabais de poner en práctica. Esos abanicos, *Flabelli*, son los dos distintivos que acompañan al Papa, cuando es llevado en hombros de los que sostienen la *Sede*, hasta el sitio en que suele dar la Bendición apostólica, no solo á la ciudad de Roma, sino también al mundo entero. En estos símbolos, yo veo vuestros corazones, que me acompañan, para resistir á los ataques de nuestros comunes enemigos; vuestros corazones serán á manera de escudo, contra el que habrán de embotarse todos los dardos de las injurias, blasfemias y herejías, por medio de las que los impíos quisieran rebajar, hacer objeto de burla, y, si tanto pudiesen, destruir los principios de la Religión de Jesucristo. Pero, no; lo que Dios ha hecho, no puede ser destruido por la mano del hombre.

Entretanto, seguid orando; perseverad en la práctica de las virtudes, en la práctica de las buenas obras, y frecuentad los sacramentos de que acabais de hablarme. Si; alimentaos con el alimento de los ángeles; fortaleceos con el pan de los fuertes. El Señor os llenará de su espíritu; y vuestras oraciones, en que le pedis que acuda á nuestro auxilio, no dejarán de comoverle.

A la primera señal de su mano, que Dios levantará, desaparecerá el orgullo humano. Y puesto que de los hombres, poco ó nada ha de esperarse, pongamos cada día más nuestra confianza en Dios, cuyo corazón se prepara ya, á mi entender, para realizar, cuando bien le parezca, *un gran milagro, que dejará espantada á toda la tierra*.

Hoy os bendigo: sí; levanto mis manos hácia Dios, y exclamo como Jacob, dirigiéndose al Anzel: Señor, no te dejaré marchar, si ántes no bendices á mis hijos, si ántes no infundes en sus almas un nuevo valor una nueva fuerza, una nueva gracia para vencer la oposición de tus enemigos.

Y os bendigo también en su santo nombre; sean benditas vuestras personas, y los objetos de devoción que lleváis encima; benditas sean vuestras familias, para que encontréis en ellas la unión y la paz, y podáis de esta suerte cumplir mejor vuestros deberes. Vaya con vosotros esta bendición al presente y en los muchos días de vida, que el Señor os concederá, sin duda, y más especialmente os acompañe en el tránsito de esta vida á la eternidad, en donde comenzaremos nosotros á bendecir á Dios.

Benedictio Dei, etc.